
JOSÉ SANTOS GONZÁLEZ VERA

Comienzos de Gabriela Mistral

NACIO en Vicuña, en la madrugada del 7 de abril de 1889. Fué bautizada en ese mismo día porque los suyos temieron perderla.

Su padre había renunciado, en enero, el cargo de profesor en la Escuela de Unión, pero el Gobernador, que veía más lejos, retuvo la renuncia hasta algo después del alumbramiento y le obligó a cobrar los sueldos acumulados, con los cuales pudo hacer frente a los gastos. Esto causó tal alborozo a la familia que rezó, sin dilación, una novena a la Virgen del Perpetuo Socorro. Lo justo hubiera sido que media novena fuese para el Gobernador.

La niña, superado el temor del primer día, creció robusta.

Apenas pudo entender, su hermana Emelina empezó a contarle episodios de la historia sagrada. Tanto le gustaron que hubo de repetírselos. A los cinco años entró a la escuela y aprendió el silabario en un mes. Era una criatura concentrada y tranquila.

Poco antes su padre dejó el hogar, acaso por gustarle la vida errante, tal vez porque su mujer, de temperamento nervioso, solía alterar sus ensueños con quejas y recriminaciones copiosas que, fuera de impacientarlo, le ahuyentaban rimas singulares casi en el instante de asirlas. Estuvo en diversos pueblos, inclusive en un colegio de Santiago. Su madre le había educado en el Seminario de La Serena —en donde estudió latín y algo de todo— con la intención de hacerle seguir la carrera eclesiástica, pero él se resistió. Deseaba vivir en el siglo, sospechando que más allá de las parroquias la vida también es apetecible.

Gabriela Mistral, por su sino tímido, más que a charlar con chicos de la vecindad, se dedica a tallar figuritas en panes de tiza o se va al huerto y habla a los almendros.

Suele desaparecer. No se presenta al almuerzo ni acude a los llamados. Quien va en su busca, descubre que está sentada, —en la arboleda— hablando amistosamente a un par de iguanas, seres espantables para muchos, que tiene en sus rodillas como si fueran apacibles avecitas. Compruébase que no hay pájaro ni bicho que no la ronde. Murmura para cada uno y parecen comprenderla.

Es posible que sus composiciones ya sobresalieran, pues sus condiscípulas insinúan que las escribe su hermana. Se indigna y a vista del curso escribe la silueta de una compañera.

A los nueve años comulga y muestra los primeros versos.

Cuando su hermana Emelina, profesora de la escuela, le hubo traspasado su saber, la madre, señora menuda y bajita, la llevó a Vicuña a terminar su último año de primaria. Allí se aburrió. Salvo las nociones de astronomía, halla que repiten cuanto aprendiera en la escuelita de Monte Grande. La directora llama a la madre y le expresa que su niña adolece de “falta de inteligencia y desamor al estudio”. Aconséjale dedicarla a quehaceres domésticos.

¿Qué habría sido de las mujeres si la madre sigue tan mal consejo? Porque cabe presumir que el ejemplo de Gabriela Mistral las impulsó a independizarse y levantar cabeza.

Termina de prepararse en La Serena.

Por necesidad se improvisa profesora en Compañía Baja. De día hace clases a los niños. De noche instruye a trabajadores en lectura, escritura y aritmética.

Su abuela se ha venido a vivir en la cercanía, luego de repudiar a su marido que, en el rescoldo de su madurez, se amanceba con una sirvienta de su misma casa. La abuela, persona altiva y voluntariosa, recibe los domingos a su nieta y le lee, o la hace leer, el *Eclesias-*

tés, el Cantar de los Cantares, las Lamentaciones de Jeremías. Así entona el espíritu de la joven maestra.

Gabriela Mistral comienza a leer con frenesí, pero carece de dinero. Acude a un español en cuya tienda hay libros. Se los va prestando de uno en uno. Conoce al cachafaz de Vargas Vila que la exalta. Su alma se llena de ímpetus que no hallan salida ni expresión adecuadas. Un ilustre vecino le franquea su biblioteca. Lee los *Ensayos*, de Montaigne. ¿Qué impresión le causarían? Según propia confesión, ella ha nacido para creer. Y bien sabido es que los *Ensayos* no han formado un solo creyente.

Gabriela Mistral "era una niña alta y muy delgada, ligeramente rubia y de ojos verdes. Fumaba bastante, lo que en ese tiempo debe haber sido un pecado muy grave". Colabora en *Penumbbras*, de La Serena, con versos y prosas.

Quiere regularizar sus estudios en la Normal serenense, pero el capellán de ésta, don Manuel Ignacio Munizaga, más soldado que pastor de Cristo, se opone a su ingreso por considerar sus escritos "algo socialistas y un tanto paganos".

Su afeción al clero se modera ostensiblemente.

Nómbresela secretaria e inspectora del Liceo de Niñas de esa ciudad. Trabaja sin descanso ni halago. Anda por los pasillos con un libro bajo el brazo. Es tan silenciosa, tan retraída y tan alta, que parecería tener más de veinte años. Todavía abundan los profesores que no la admiran y sí la consideran extraña. Un día es amonestada por "hacer las notas con sus propias palabras" y admitir a una chicuela demasiado pobre.

No ha nacido para soportar reproches. Renuncia al momento, no sin antes mirar altaneramente a la directora.

Más tarde, en los demás liceos, acogerá de preferencia a muchachas de hogares obreros, y fundará ligas para costearles, anónimamente, los gastos.

Entre tanto parte de profesora al pueblo de La Cantera.

A la casa en que se hospeda llega un joven guardaequipaje. Se hablan. Mas, pronto suspende sus visitas. ¿Qué ha podido ocurrir? Sin embargo, ella no deja a nadie ocupar la silla en que él se sentaba. La sustrae con discreción y la conserva ante sí.

Largo tiempo después, en una hora de soledad siente, y se alarma, un fuerte golpe en la silla del ausente, como si alguien se hubiese sentado con violencia. El fenómeno la desasosiega y sale al camino. Cerca del pueblo se entera de que el joven ferroviario acaba de suicidarse.

Con el andar del tiempo le inspirará simpatía cualquier persona que se asemeje al suicida.

A comienzos de 1910, profesoras amigas la instan a rendir examen de competencia en la Normal de Santiago. Se resiste varias veces, al fin emprende viaje y se escapa. En el último intento, acompañada por las maestras, llega hasta la Escuela y se arma de valor. El examen de botánica lo da en verso. Y es aprobada en todos los ramos.

Poco antes ha conocido a un joven grueso, moreno, de voz acariciadora y ademanes elocuentes, que ha ido al norte. ¿Cuántas veces conversan? Tres o cuatro. La impresión que se producen es muy honda. Ella cree que su destino es unirse a él. Y se embarca rumbo al sur para celebrar el matrimonio. El barco avanza lentamente, es caletero. Ella repara en que el rostro de él es feo y que lo verá, quiéralo o no, hasta la muerte. Además, es bajo, casi retaco. Y le viene un deseo imperativo de poner distancia entre ambos. Desembarca en el puerto anterior y cambia de rumbo.

Desde el momento de ser aprobada en la Normal pasa rápidamente por escuelas y liceos. Permanece un período en el de Antofagasta. Compra libros y, entre éstos, la primera Biblia. No hay que decir cómo la lee ni tampoco que se convierte en su libro de cabecera. Es ese lenguaje el que le gusta: áspero, directo, virginal. Entra a su espíritu para reaparecer a su debido tiempo en su obra poética.

Estudia con ahinco historia porque es el ramo que está enseñando.

Asiste a la Logia Teosófica Destellos y una declaración suya queda estampada en el acta.

Lee como si se lo prescribiera el médico. Anota lo esencial en un cuaderno. No sólo le gusta leer: disfruta rompiendo los pliegos. Al viajar lleva consigo una plegadera y, si no encuentra libros nuevos, adquiere obras que se conoce de

memoria, para darse el gusto de abrirlas. Hacerlo es un sedante para sus nervios de profeta. Después los obsequia a sus jóvenes amigos.

La destinan a Los Andes. Su cuarto mira hacia un patio pequeño en que hay un naranjo. Un gato viene a montar guardia en la habitación. Muy pronto, en la cercanía de la noche, por la ventana penetra una lechuza, y se queda. Llega a completar la trinidad una paloma.

Su arribo a esa ciudad cordillerana abre huella. Viste con sencillez austera, anda erguida y peina sus cabellos hacia atrás. Tiene el aire de una joven matrona, que conservará la vida entera. Entre las alumnas despierta sentimientos opuestos: unas la admiran sin condiciones; las más, sumidas en lo temporal, mántiense alejadas. No obstante, buen número de jovencitas empieza a escribir con su letra grande y abierta, se despreocupa del aspecto exterior y querría hablar con su deajo.

Las discípulas, atraídas a su intimidad, descubren que maneja varias libretas: unas en donde anota las ideas hermosas que halla en sus lecturas; otras con sus propios pensamientos; algunas que utiliza para resúmenes de temas. Se las hurtan, se apoderan de sus borradores y hasta de otros objetos que pudiera no echar de menos. A partir de ese momento despertará admiración en donde esté.

Las madres de las alumnas se convierten en moderadas o exaltadas adoradoras suyas. ¿Y los hombres? Se le rinden en fila, gratis, sin que ella haga un gesto. Hubo unos que le propusieron matrimonio; otros, más tímidos, se contentaron, no, se conformaron con mirarla o escuchar sus palabras tan henchidas de fuerza y fascinación.

Hace sus clases de castellano con brío e interés arrebatadores.

Se alimenta de vegetales (ya siente el influjo de los santones de la India); paladea la miel, se harta de frutas, pasteles y dulces. De noche toma un tazón de chocolate.

En su pieza lee a Guyau, Goethe, Sarmiento, Martí y tantos más. Escribe a celebridades literarias y a sus amigos fervientes. Dirige y recibe cartas de Ana Bésant y nadie iguala su saber acerca

del niño Krishnamurti, que será dios no bien alcance la edad adulta.

Cuando la rodea el silencio nocturno, su espíritu huelga por el universo, se asoma al plano astral, recrease con el aura de los grandes iniciados y se entrega a la meditación pura. Si la embarga una dulce felicidad, permanece minutos y minutos en el nirvana.

Pero también está escribiendo los *sonetos de la muerte*.

Una tarde llega a visitarla el poeta Víctor Domingo Silva. Ella, en un aparte, dice a la profesora que se ha convertido en su criada voluntaria:

—Tienes que prepararnos unas buenas once. ¡Tú sabrás cómo te las arreglas! —Y se aleja sonriendo.

No era fácil porque carecían de dinero y despensa.

Al anochecer se despidió el visitante. La poetisa fué a reunirse con su servidora.

—Debo felicitarte. Nos serviste algo muy sabroso. ¿Qué era?

—La palomita.

Gabriela Mistral la miró con su mirada verde. Y la profesora largó el llanto. Lloró a gritos, con alaridos, convulsionada; corrió a su cuarto y durante una hora o más pasaba del sollozo al lamento.

Esta criatura tan alta, sonriente pero seria, absorbida por ideas y propósitos ideales, aparece ante muchas de sus adoradoras como ser desvalido. Hay quien ata el cordón de su zapato; quien la ayuda a vestirse. Alguien hace por ella pequeñas o grandes diligencias. Rara vez anda sin compañía. Numerosas personas, de cerca o de lejos, velan por su ventura y, si algo amargo le sucede, recibenlo como daño personal.

¿Por qué suscita tan grande admiración en este país sin héroes?

Del cabello al pie todo en ella es sencillo y austero. Tiene grandes ojos verdes, muy lípidos; nariz aguileña, boca que se deprime en las comisuras y color blanco cobrizo. Al hablar mueve sus manos albas, de largos y bien formados dedos. Anda con paso lento y señoril. La voz, agradable y monótona, gotea. En su femineidad algo hay de trascendente. El asunto más pueril en otra boca, fluye de la suya con sustancia. Mana de su naturaleza la autoridad y envuelve cuanto expresa. Habla del campo, la política,

de mil asuntos. No siempre está contenta de lo que acaece. Jeremías sopla por su espíritu. Mejor sería decir que rara vez lo está. Es un poquitito pesimista. Dentro de ella hay un angustiado reformador. Aunque diga sus ocurrencias sin alzar el tono, nada se pierde, la tertulia absorbe el sentido, la voz y el gesto. ¿Es muy importante lo que dice? Pocos estarían dispuestos a jurarlo. Quizás sea el acento, la fuerza con que brota desde muy adentro, y también un como respeto a las palabras, los que dan a sus juicios tan ardiente sugestión. Dice las palabras colmadas, tal como se crearon.

Gabriela Mistral habla, sin proponérselo, en representación de innumerables personas que han vivido en épocas muy diversas y que no se expresaron en el mismo idioma. Por instantes son Josué, Job, Moisés, los moralistas griegos, Tolstoi, quienes reviven en las palabras. Cualquiera que sea el tema ocurre lo

mismo. Cada oyente siéntese ennoblecido. Los sentimientos más puros se apoderan de sus almas y las pequeñas congojas temporales se esfuman.

Es un ser absolutamente medicinal. Si en vez de consagrarse a la poesía hubiese creado una religión, la suya sería una de las de más arrastre. Habría prosperado aunque su templo estuviese en la Cordillera y, posiblemente, ya estaría rodeado por una ciudad de incontables habitantes.

Quien la oye quiere seguir oyéndola. Cuando es inevitable irse, lo que cada cual decide hacer lo más tarde que pueda, qué contrariedad se experimenta. Querrían quedarse para siempre, disfrutando de esa emanación cordial que escapa a todo examen, pero que de manera segura los transporta a preocupaciones inefables. Se van sólo porque adivinan que otros sujetos atribulados esperan su turno.